



Un discurso de José Fernando Ramírez sobre el significado de la independencia mexicana (1837)

Víctor Orozco*



En 1837 habló y escribió sobre el significado de la guerra de independencia uno de los mayores intelectuales del siglo XIX: el jurista, político e historiador José Fernando Ramírez.

Ya lo habíamos encontrado diez años antes a la cabeza del Club de Amigos de Hidalgo en Chihuahua, de donde fue expulsado por los militares partidarios del Plan de Jalapa y ejecutores del golpe de estado de 1830, quienes disolvieron el

Congreso local y el Supremo Tribunal de Justicia, del cual era integrante.

Ramírez fue un profundo conocedor de la historia prehispánica y de la colonial, así que su visión del México independiente gozaba de sólidos apoyos. El 16 de septiembre de 1837 le tocó pronunciar el discurso conmemorativo de la independencia en la ciudad de Durango, vistiendo sus palabras con la gala del estilo difundido por el romanticismo y también con las alusiones a la cultura clásica. En otros párrafos hizo puntuales descripciones de la suerte corrida por los pueblos subyugados, muy oportunas en estos días, a la luz



* Maestro Emérito de la UACJ y Miembro de la Academia Mexicana de la Historia.

del debate provocado por quienes aspiran a desterrar la palabra “conquista” del choque entre las civilizaciones, desplegado desde 1492. Refiriéndose a los europeos afirmaba:

... encontraban en el libro de la redención preceptos para exterminar el nuevo Mundo, sepultaron en las entrañas de la tierra a los que debían satisfacer su insaciable sed de oro; dejaron solo en su faz a los que habían de servirles de animales de carga para transportarlo, o de esclavos para obedecer sus caprichos: México presentó desde entonces el aspecto de una inmensa tumba de hombres vivos y en ella no hubo mas de Señores y siervos durante el largo período de setenta y dos Olimpiadas

... llamábase causa de Dios, la que era solo de fanáticos crueles y ambiciosos; y espurios apóstoles presidian y exitaban aquella escena de horrores...

Cuando llegó al tiempo de la independencia, sus reflexiones se centraron en la figura de Miguel Hidalgo, en sus dudas y en su resolución de encabezar la lucha libertaria a pesar de su estatuto de eclesiástico, que le obligaba a la fidelidad absoluta a la Iglesia y a la Corona. Escribió:

El dijo (Hidalgo), pues, como uno de los de Homero -el mejor de todos los auspicios es pelear en defensa de la Patria, y puso un pie en la senda de la libertad que lo conduciría al templo de la gloria: juró por sí y por las futuras generaciones de México odio eterno a la dominación

extranjera: juramento que yo repito, que repetirán cuantos me escuchan este día y cuantos sientan hervir en sus venas la sangre mexicana

La lucha interna que Ramírez supone en el fuero interno de Hidalgo no carecía de fundamento. Incluye en su alocución una larga cita sobre los decretos emitidos por la inquisición, el primero del 4 de septiembre de 1808, en el cual se lanza un anatema fulminante contra el que “... renovare la heregía manifiesta de la soberanía del pueblo”. En un segundo, del 24 de octubre de 1810, ratificado en enero de 1811, se confirma que los temores del cura Hidalgo estaban bien sustentados:

... declarándose incurso en la pena de excomuniación mayor y en el crimen de fautoría á cuantos aprueben la sedición de Hidalgo, no denuncien, ni obliguen a denunciar a éste, a los independientes, pues aquel queda convencido de Luteranismo, Atheismo, Materialismo e Impiedad, crímenes exacerbados con el de haber asegurado en sus escritos que no había infierno, aunque también se le acusa de haber dicho que un papa estaba condenado. ¡He aquí los delirios de un alma extraviada!

Ramírez es ya un mexicano, formado en la cultura y en los modos de pensar europeos, pero al mismo tiempo su juicio representa muy bien el interés por las antiguas civilizaciones. Es, de hecho, uno de los primeros grandes estudiosos de ellas. Por ello, su

evocación de ciudades y edificaciones constituye un sincero lamento por lo destruido. A diferencia de la barbarie propiciada por el fanatismo religioso, que originó la destrucción de un incontable tesoro cultural compuesto por códices, edificios, saberes y hasta plantas, Ramírez hubiera deseado su conservación. Sus palabras, llenas de emoción, lo atestiguan:

Realizose el fatídico presagio y las monarquías fundadas sobre los cimientos de otras, cuyo origen se pierde en la noche de los siglos, se eclipsaron en el valle de Otumba, el labrador puede hoy pasar su arado sin tropiezo alguno por el lugar que ocupaban numerosas ciudades; la moderna México se ha edificado sobre la tumba de sus mayores: los dioses que noche y día recibían la adoración y el incienso de cinco mil sacerdotes, hoy, mutilados, sucios e irrevocablemente perdidos para la historia son el cimiento de los macizos edificios que decoran la Venecia Mexicana... Ella pudo entonces lamentarse con las palabras del cantor de Babilonia: quedaron afuera tendidos en la tierra el mozo y el viejo: mis doncellas y mis jóvenes cayeron á espada: los mataste en el día de tu furor: los heriste y no tuviste lástima llamaste de los contornos como a un día solemne que me aterrassen y no hubo quien escapase, ni fuese dejado: los que crié y alimenté mi enemigo los mató... ha quedado como viuda la Señora de las naciones...

Este cuadro de desolación y de exterminio, esta inmensa soledad que cu-

bría con sus alas pavorosas el valle de Tenochtitlan, este valle donde antes resonaba el bullicio y la algazara, era después un vasto cementerio: el lago do surcaban cincuenta mil barcas, reflejaba impasible y solitario las ruinas que lo circuían, presentando en sus ondas los únicos restos del opulento imperio: fragmentos y cadáveres...

El discurso de Ramírez sintetiza una de las primeras diferencias entre la visión conservadora o tradicionalista y la nueva o liberal. Los ideólogos o voceros de los primeros jamás podrían haberse referido de esta manera a la conquista española. Para ellos, el pasado colonial o de unión con la metrópoli nunca dejó de ser la mejor de las épocas históricas de los llamados mexicanos después de 1821. 



BA
ÚL